

**EXPLICACIÓN**  
**SOBRE EL PROYECTO DEL RETABLO PARA EL ALTAR MAYOR**  
**DE LA PARROQUIA DE SAN SEBASTIAN DE HUELVA**  
**REALIZADO POR ABRAHAM CEADA SANTANA**

---

**LADO DEL EVANGELIO**

**Primer texto (lado del Evangelio)**

“Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe” (1 Jn. 5, 4).

Esta frase hace alusión a la inscripción que existía sobre el arco central de la Parroquia



**Altorrelieve sobre la fe (lado del Evangelio)**

Alusivo a la transmisión de la fe: “El emperador Diocleciano, desconociendo la identidad cristiana de Sebastián, lo nombró tribuno de la primera corte de la guardia pretoriana donde fue muy respetado; en dicho cargo, cumplía fielmente con la disciplina militar, pero no participaba en los sacrificios ofrecidos a los dioses paganos; ejerció una labor de apostolado entre sus compañeros tratando de inducirlos a la fe y a su vez visitaba y alentaba a los cristianos encarcelados por causa de Cristo. Después del encarcelamiento de dos jóvenes cristianos: Marco y Marceliano, san Sebastián no pudo ocultar más su identidad cristiana, tras animar a los jóvenes, fue denunciado ante el emperador Maximiano” (Semina verbi.com)

**La virtud de la fe (imagen lado Evangelio)**

El *acto de fe* es la respuesta del hombre a Dios que se revela (cfr. *Catecismo*, 142). «Por la fe el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios. Con todo su ser da su asentimiento a Dios que revela» (*Catecismo*, 143). La Sagrada Escritura llama a este asentimiento «obediencia de la fe» (cfr. *Rm* 1, 5; 16, 26).

La *virtud de la fe* es una virtud sobrenatural que capacita al hombre —ilustrando su inteligencia y moviendo su voluntad— a asentir firmemente a todo lo que Dios ha revelado, no por su evidencia intrínseca sino por la autoridad de Dios que revela. «La fe es ante

todo *adhesión personal* del hombre a Dios; es al mismo tiempo e inseparablemente el *asentimiento libre a toda la verdad que Dios ha revelado*» (Catecismo, 150).

– «La fe es un don de Dios, una virtud sobrenatural infundida por Él (cfr. Mt 16, 17). Para dar la respuesta de la fe es necesaria la gracia de Dios» (Catecismo, 153). No basta la razón para abrazar la verdad revelada; es necesario el don de la fe.

– La fe es un acto humano. Aunque sea un acto que se realiza gracias a un don sobrenatural, «creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre depositar la confianza en Dios y adherirse a las verdades por Él reveladas» (Catecismo, 154). En la fe, la inteligencia y la voluntad cooperan con la gracia divina: «Crear es un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad movida por Dios mediante la gracia».

– Fe y libertad. «El hombre, al creer, debe responder voluntariamente a Dios; nadie debe estar obligado contra su voluntad a abrazar la fe. En efecto, el acto de fe es voluntario por su propia naturaleza» (Catecismo, 160). «Cristo invitó a la fe y a la conversión, Él no forzó jamás a nadie jamás. Dio testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían».

– Fe y razón. «A pesar de que la fe esté por encima de la razón, jamás puede haber desacuerdo entre ellas. Puesto que el mismo Dios que revela los misterios y comunica la fe ha hecho descender en el espíritu humano la luz de la razón, Dios no podría negarse a sí mismo ni lo verdadero contradecir jamás a lo verdadero». «Por eso, la investigación metódica en todas las disciplinas, si se procede de un modo realmente científico y según las normas morales, nunca estará realmente en oposición con la fe, porque las realidades profanas y las realidades de fe tienen su origen en el mismo Dios» (Catecismo, 159).

Carece de sentido intentar demostrar las verdades sobrenaturales de la fe; en cambio, se puede probar siempre que es falso todo lo que pretende ser contrario a esas verdades.

– Eclesialidad de la fe. «Crear» es un acto propio del fiel en cuanto fiel, es decir, en cuanto miembro de la Iglesia. El que cree, asiente a la verdad enseñada por la Iglesia, que custodia el depósito de la Revelación. «La fe de la Iglesia precede, engendra, conduce y alimenta nuestra fe. La Iglesia es la madre de todos los creyentes» (Catecismo, 181). «Nadie puede tener a Dios por Padre si no tiene a la Iglesia por madre».

– La fe es necesaria para la salvación (cfr. Mc 16, 16; Catecismo, 161). «Sin la fe es imposible agradar a Dios» (Hb 11, 6). «Los que sin culpa suya no conocen el Evangelio de Cristo y su Iglesia, pero buscan a Dios con sincero corazón e intentan en su vida, con la ayuda de la gracia, hacer la voluntad de Dios, conocida a través de lo que les dice su conciencia, pueden conseguir la salvación eterna».

Toda la vida del cristiano debe ser manifestación de su fe. No hay ningún aspecto que no pueda ser iluminado por la fe. «El justo vive de la fe» (Rm 1, 17). La fe obra por la caridad (cfr. Ga 5, 6). Sin las obras, la fe está muerta (cfr. St 2, 20-26).

Cuando falta esta unidad de vida, y se transige con una conducta que no está de acuerdo con la fe, entonces la fe necesariamente se debilita, y corre el peligro de perderse.

Perseverancia en la fe: La fe es un don gratuito de Dios. Pero este don inestimable podemos perderlo (cfr. 1 Tm 1,18-19). «Para vivir, crecer y perseverar hasta el fin en la fe debemos alimentarla» (Catecismo, 162). Debemos pedir a Dios que nos aumente la fe (cfr. Lc 17,5) y que nos haga «fortes in fide» (1 P 5, 9). Para esto, con la ayuda de Dios, hay que realizar muchos actos de fe.

Difundir la fe. «No se enciende una luz para ponerla debajo de un celemín, sino sobre un candelero... Alumbre así vuestra luz ante los hombres» ( Mt 5, 15-16). Hemos recibido el don de la fe para propagarlo, no para ocultarlo (cfr. Catecismo, 166). No se puede prescindir de la fe en la actividad profesional. Es preciso informar toda la vida social con las enseñanzas y el espíritu de Cristo.

## **LADO DE LA EPÍSTOLA**

### **Altorrelieve sobre la fortaleza**

Representando el segundo martirio o momento de su muerte.

“Dejaron el cuerpo inerte y acribillado; sin embargo, algunos hermanos en la fe se acercaron y aún con vida lo llevaron a casa de una noble cristiana romana, quien lo mantuvo escondido y curándolo hasta que quedó sano. Una vez restablecido y con el corazón más lleno del amor a Cristo y a pesar del consejo de sus amigos de retirarse de la ciudad, se presentó ante el emperador, quien vio con gran desconcierto su aparición pues lo daba por muerto, mientras Sebastián arremetía contra él y su comportamiento contra los cristianos, así como contra la vaciedad de sus creencias. Maximiano ordenó, en esta ocasión, fuera azotado hasta morir, hecho ocurrido hacia el año 288” (Semina verbi.com).

### **El martirio como acto de la virtud de la Fortaleza (imagen)**

«El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe; designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo, muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza. "Dejadme ser pasto de las fieras. Por ellas me será dado llegar a Dios" (S. Ignacio de Antioquía, Rom 4,1)» (CIC 2473).

La palabra griega mártir significa testigo. El mártir es el que está dispuesto a morir, si es preciso, para dar testimonio de la fe de Cristo.

El martirio es acto de la fortaleza. Es propio de la fortaleza mantener firme al hombre en el bien contra los peligros, sobre todo contra los peligros de muerte. En el martirio, «el hombre es confirmado en el bien de la virtud de una manera singular, al no abandonar la fe y la justicia ante los peligros de muerte, que amenazan inminentes, en una especie de combate particular, de parte de los perseguidores».

La mayor herida que puede sufrir el viador es la muerte. Toda herida es, en el fondo, una figura e imagen de la muerte. La fortaleza se refiere, en última instancia, a la muerte: ser fuerte es estar dispuesto a morir, a caer en el combate, por el bien. De ahí que una fortaleza que

no conlleve la disposición de pelear hasta morir, de morir antes que pecar, no es verdadera fortaleza.

El martirio es el acto más perfecto, porque entre todos los actos de virtud es el que más demuestra la perfección de la caridad, ya que tanto mayor amor se demuestra a Dios cuanto más amado es lo que se desprecia por Él –la vida- y más odioso lo que se elige: la muerte, especialmente si va acompañada de dolores y tormentos corporales. De ahí podemos entrever el gran amor que nos demostró Jesús al padecer y morir por nosotros, pues «nadie tiene mayor amor que este de dar uno la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Para que se pueda hablar propiamente de martirio, ¿basta con que el hombre elija sufrir la muerte y mantenerse firme en la verdad y la justicia ante los peligros de muerte, o es preciso que padezca efectivamente la muerte que ha aceptado? Si es esencial al martirio que el hombre dé testimonio de la fe demostrando con sus obras que desprecia todos los bienes temporales para alcanzar a Dios, es obvio que mientras posea la vida corporal no ha demostrado todavía de facto que desprecia todos los bienes temporales. En conclusión, sólo se puede hablar con propiedad de martirio cuando se sufre la muerte por Cristo.

Sin embargo, la fortaleza en el martirio no consiste en el hecho de recibir la muerte, sino en recibirla por conservar o ganar un bien más importante. El mártir no menosprecia la vida, sino que le asigna menos valor que a aquello por lo que la entrega. De ahí que no sea malo huir de la muerte, salvo si supone no adherirse al bien. Con razón afirma Santo Tomás que «no debe darse a otro ocasión de obrar injustamente; pero si él obra así, debe soportarse en la medida que exige la virtud».

El cristiano ama la vida y las cosas de este mundo. Dios al crear vio que todo era bueno. La vida, la salud, las cosas materiales, el dinero, etc., son bienes auténticos que el cristiano no desprecia, sino que ordena. Si necesita desprenderse de todos esos bienes es para conseguir bienes más altos, más importantes para el bien de la persona.

Es mártir no sólo el que padece la muerte por la confesión verbal de la fe, sino todo el que la padece por hacer un bien y evitar un mal por Cristo, porque todo ello cae dentro de la confesión de la fe. Todas las obras virtuosas, en cuanto referidas a Dios, son manifestaciones de fe, gracias a la cual sabemos que Dios las exige de nosotros y nos premia por ellas. Por tanto, en este sentido, todas las virtudes pueden ser causa del martirio.

## **Segundo texto**

Aludiendo al testimonio de San Ambrosio sobre el martirio de San Sebastián:

«Contemplemos el ejemplo al mártir san Sebastián, cuyo *Dies natalis* celebramos hoy. Este santo nació en Milán... Marchó a Roma, donde recrudecía la persecución por causa de la fe; ahí sufrió el martirio, es decir, ahí fue coronado. De este modo, ahí, donde había llegado como transeúnte, estableció el domicilio de la eternidad permanente.» [San Ambrosio, *Comentario sobre el Salmo 118*, CSEL 62, 466-368]

---

Todo el conjunto irá flanqueado por sendos medallones en altorrelieve (sobre las puertas de acceso al altar) de los Santos Cástulo e Irene de Roma, ambos vinculados a la vida de San Sebastián.

### **San Cástulo de Roma (lado del Evangelio)**

Durante el reinado de Diocleciano, el Papa San Cayo estuvo grandemente preocupado por la seguridad de los cristianos en Roma. Cástulo, un celoso cristiano que era camarero del emperador, se ofreció a arreglar todo lo necesario para que se tuvieran servicios religiosos en el mismo palacio del emperador, ya que este lugar no se prestaba para investigación alguna; y aún más, Cástulo albergó a los cristianos en su propia casa, adjunta al palacio y les procuró un lugar para sus reuniones. No contento con servir así a la Iglesia, él y su amigo Tiburcio recorrieron Roma convirtiendo hombres y mujeres al cristianismo y llevándoles ante el Papa para que fueran bautizados. Posteriormente fue traicionado por un apóstata cristiano llamado Torcuato. Llevado ante Fabiano, prefecto de la ciudad, fue cruelmente atormentado y después arrojado a un foso cubierto con arena. La leyenda diría después que fue enterrado en el cementerio que lleva su nombre en las catacumbas de la *Via Labicana* en Roma hacia el año 286. En las Actas de San Sebastián se menciona que la viuda de Cástulo, Irene de Roma, fue quien se hizo cargo de la recuperación del santo cuando fue herido por las flechas. Cástulo es honrado desde la Antigüedad tardía como el santo patrón de los agricultores y pastores (es.catholic.net).



### **Santa Irene de Roma (lado de la epístola)**

Era esposa de San Cástulo, funcionario del emperador Diocleciano que había sido muerto por orden del emperador por no querer abjurar de su fe cristiana, hacia el 286. Dos años más tarde, Irene ayudó a San Sebastián, que había aseteado y dado por muerto; Irene y su esclava Lucina recogieron al joven moribundo y lo llevaron a su casa, donde Irene lo cuidó hasta que se curó de las heridas. A pesar de que Irene dijo a San Sebastián que se fuera de Roma, el soldado quiso volver a enfrentarse al emperador, declarando su fe, siendo detenido y decapitado. San Sebastián apareció en sueños a Lucina y le reveló dónde estaba su cuerpo, que había sido arrojado a la Cloaca Máxima; Lucina lo recuperó y lo enterraría, en el lugar donde

después se excavaron las Catacumbas de San Sebastián. También sufrió el martirio sobre el mismo año que San Sebastián, hacia el 288 (santoral.fandom.com).

